

ANTONIO MACHADO, CRITICO LITERARIO, ENJUICIA LA PROSA DE SUS CONTEMPORANEOS

Antonio Machado, que ejerció en grado máximo su vocación de poeta y que explicó Literatura —a pesar de la nominación de su cátedra— no sintió excesiva pasión por las bellas letras, quiero decir una dedicación más allá de la de simple lector. La Filosofía constituyó su verdadera pasión de estudio, aunque siempre se quedara a medio camino en ese itinerario de Juan de Mairena y Abel Martín que pueden representar —como apunta Guillermo de Torre (1)— su frustración ante la filosofía; salirse por la tangente ante el muro de los problemas filosóficos, puede que de envergadura superior a sus fuerzas.

Las notas para el curso de Literatura que dictó en el Instituto de Baeza en 1915, son un convincente documento de que Antonio Machado no sintió excesiva pasión por la docencia de la Literatura. Muy en contra de lo que, con excesiva pasión, apunta Casamayor (2), las notas para clase contenidas en su *Cuaderno de Literatura*, no presuponen un conocimiento meditado y reposado de los clásicos, antes bien, reflejan, en resumen, los juicios de Fitzmaurice Kelly en su famoso manual de Literatura, aun a pesar de que algunos juicios, como el ataque al Barroco, se encarnen en Machado como patrón y modelo de valoración durante toda su vida. Y no me interesa ahondar más en el profesor de Literatura, sino en el crítico de literatura, aspecto al que se ha prestado muy poca atención y que me parece fundamental en todo caso y ocasión para comprender y valorar rectamente la obra creativa de un escritor según su sistema de afinidades y preferencias, reconstruible a partir de los juicios de valor que formula.

(1) Torre, G. (de): «Teorías literarias de A. M.», en «La Torre», 45-56 (1964). Recogido en «Antonio Machado» (ed. R. Guillón y A. W. Phillips) Madrid, Taurus, 1973, p. 230.

(2) Casamayor, E.: Antonio Machado, profesor de Literatura, «Cuadernos Hispanoamericanos», 11-12 (1949), pp. 481-498.

La prosa de Machado era un instrumento perfectamente apto para ejercer con enjundia y alcances la crítica literaria, pero le faltó el talante crítico y él —quizá el único escritor de su época que mantuvo amistad con todos y supo mantenerse ajeno a las disputas— no adoptó la incómoda actitud de juez del buen crítico ni, mucho menos, dejó que su pluma fuera conquistada por la mordacidad, la envidia, la sátira, actitudes del mal crítico, frecuentes en sus contemporáneos. Y aun para su —en general— inofensiva crítica, Machado se oculta pudorosamente detrás de sus Abel Martín y Juan de Mairena que le permiten —como observa Gutiérrez Girardot (3)— censurar con humor inofensivo tanto acontecimiento reprobable de la vida española y mucha nueva tendencia literaria con la que él no estaba de acuerdo. Su talante de poeta cercenó la autonomía de su prosa, de modo que ésta se supeditó a su labor creadora en verso, impidiendo un desarrollo autónomo de la agilidad e inmediatez que necesita la prosa de crítica literaria en periódicos. Machado no consiguió dar con la forma periodística y puedo adelantar que sus comentarios, con motivo de libros recién publicados o de movimientos literarios en candelero, son extraordinariamente escasos. Pero —en su caso— no puede establecerse una fácil equivalencia entre labor periodística y labor crítica, pues los juicios de Machado no se formularon sólo en prosa sino en verso —como muestran sus varios homenajes poéticos— y, además, junto a los esbozos de los *Complementarios* que se convirtieron en artículos, hay meditaciones que nunca publicó. Aunque el grueso de sus reflexiones sobre literatura lo constituyen fragmentos de Juan de Mairena, publicados en periódicos y revistas, recogidos —después— en libro por el propio autor o por editores posteriores (4), hay colaboraciones de Machado en diversos periódicos que obligan un breve excursus, antes de entrar en consideraciones sobre su labor crítica.

Aunque nunca ejerciera con asiduidad la prosa periodística, la vocación de Machado es tempranera, si pensamos que ya en sus años de Soria fundó un periódico (*El Porvenir castellano*) junto con su amigo José María Palacio, director desde el año de su fundación, 1912.

(3) Gutiérrez Girardot, R.: «Poesía y prosa en Antonio Machado», Madrid, Guadarrama, 1969, p. 132. Edita en cuaderno E. Casamayor, Bogotá, U. Nacional, 1952.

(4) Puede verse: «Los complementarios y otras prosas póstumas» (ed. G. de Torre), Buenos Aires, Losada, 1957; «Prosas y poesías olvidadas» (ed. R. Martínez López y R. Marrasí), París, CRIEH, 1964; «Antonio Machado Prose» (ed. Oreste Macrí), Milán, Lerici, 1968; «AM. Antología de su prosa» (ed. Aurora de Albornoz), 4 tomos, Madrid, Edicusa, 1972; «Juan de Mairena», B. Aires, Losada (1949); «Los Complementarios» (ed. facsimil y transcripción de D. Ynduráin), Madrid, Taurus, 1972. Como estudio de conjunto destacaré: R. A. González: «La prosa de AM», Tesis Doctoral inédita, Univ. Puerto Rico, 1955, y las correspondientes introducciones a las ediciones citadas.

El periódico dura hasta 1934, en que desaparece cuando había alcanzado el número 1893. Pero las colaboraciones de Machado son muy escasas, tanto en éste como en los once periódicos que existían en Soria por los años en que él fue catedrático de su Instituto General y técnico (5). En 1922 volverá a colaborar —con cierta asiduidad— en otro periódico soriano que se autotitula independiente como *El Porvenir castellano: La Voz de Soria*, dirigido por Mariano Granados y desaparecido en 1936. Sus colaboraciones en *Tierra Soriana*, *El Avisador numantino*, son de escasísima significación.

En carta a Unamuno (6) se queja, Machado, de que en Baeza no existe la intensa actividad periodística que encontró en Soria, aunque él apenas participara en ella. Colabora en el periódico de Baeza *Idea Nueva*, en 1915. Ese mismo año aparece una colaboración en el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza* y en *La Lectura*, donde ya había colaborado en 1913. Hasta el año 1915 puede reducirse a lo que llevamos visto su colaboración en publicaciones periódicas, añadiendo un artículo en *El País* (1904), en *La República de las Letras* (1905) y en el parisiense *Mundial Magazine*, dirigido por Rubén Darío.

Sólo en los últimos años de su vida menudearon las colaboraciones en periódicos. Podemos atenernos al siguiente índice sintomático, teniendo muy en cuenta que ni siquiera en esta escasa producción periodística lo dominante es la crítica literaria:

1917: *Alfar; Nuevo mundo*.

1920: *El Sol; Índice*.

1925: *Revista de Occidente*.

1928: *Gaceta literaria*.

1929: *Gaceta literaria. ABC*.

1930: *Gaceta literaria. El Imparcial. Heraldo segoviano*.

1934: *El Sol. Diario de Madrid*.

1936: *Ahora*.

1937: *Ahora. Servicio de Información* (Valencia).

1938: *España* (portavoz del tercer cuerpo de ejército). *Nuestro ejército*.

1938-39: Marzo de 1938 a enero de 1939, sección «El mirador de la guerra» en *La Vanguardia* (Barcelona).

Mención aparte merece su estímulo a la revista segoviana *Manantial*, su colaboración en *Repertorio americano* de San José de Costa Rica y —sobre todo— la asiduidad con que aparecen colaboracio-

(5) «El Avisador»; «Defensor escolar»; «Heraldo de Soria»; «La Provincia»; «Tierra Soriana»; «El Batallador»; «Ideal Numantino»; «Juventud»; «La verdad»; «Voz castellana».

(6) Carta de AM a Miguel de Unamuno (Baeza, ¿1913?). Recogida en A. de Albornoz: «Antología» (citada), I, pp. 102-107.

nes suyas en la revista *Hora de España*, desde el primer número (enero, 1937) hasta el último (núm. 23, 1939) (7). Excepto la asiduidad con que publica sus prosas en *La Vanguardia* y en *La Hora de España* el resto de sus colaboraciones en publicaciones periódicas aparecen de forma aislada y totalmente excepcional. Incluso cuando se propuso dar vida a una sección fija —el caso de «Los trabajos y los días» en *El Sol* (1920)— no pasaron de cinco las notas que envió.

Machado no fue, pues, escritor de periódicos como la mayoría de sus contemporáneos, ni para ejercer el comentario literario, ni el político, a no ser en 1938-39, cuando lo juzgó un deber a la par que la puesta en práctica de la única actividad posible para él. Si a esto añadimos, como decía, que la mayor parte de sus colaboraciones periódicas no son de crítica literaria, podemos pensar que la atención crítica a la labor de sus escritores contemporáneos no ocupó demasiado tiempo ni espacio en sus ocupaciones literarias, primaria y esencialmente poéticas y filosóficas. Pero dicho ya esto, podría llevarnos a engaño la afirmación de Guillermo de Torre: «de hecho no llegan a la docena los autores comentados por Machado con motivo de libros recién aparecidos» (8). Para comprender la actitud crítica de Machado ante la literatura contemporánea —y aquí quería llegar— habrá que echar mano, en esta ocasión, no sólo de sus colaboraciones periódicas, sino de la correspondencia, prólogos, homenajes en verso..., etc. que amplían, extraordinariamente, las perspectivas sobre el Machado crítico, y me permiten adelantar lo que debiera ser conclusión: los juicios literarios de A. Machado no hay que buscarlos, primaria y exclusivamente, en sus poco frecuentes prosas periodísticas, sino en el conjunto de su producción. Creo que por la altura de su creación poética, merece la pena tomarse la molestia de rastrear en su obra su sistema de estimativas, sus filias y aun sus fobias, fundamentales para enfocar su poética y su poesía desde otros puntos de ataque y aun por el puro placer de saber lo que gustaba y no gustaba a un poeta que nunca ejerció la crítica asidua de quienes escribieron por los años en que él nos estaba legando su «palabra en el tiempo». Enfocadas así las cosas puedo adelantar que los testimonios de su preocupación literaria son mucho más numerosos que lo que Guillermo de Torre señala.

(7) Colaboraciones suyas importantes aparecen en los números: 1; 2; 3; 5; 6; 7; 10; 11; 12; 14; 15; 16; 17; 19; 22; 23.

(8) Torre, G. (de): Op. cit., p. 233.

LA CRITICA

Aunque él no ejerciera de crítico literario, tenía ideas muy claras sobre la función del crítico, a tenor de ellas podemos explicar el que nunca se arriesgara a navegar por tan difíciles aguas:

«Al crítico corresponde señalar todo fracaso de un propósito como defecto artístico (...) el crítico tiene el deber de señalar el fracaso con relación al propósito del artista y está obligado a descubrirlo. Cuando ni por casualidad acierta a señalarlo, es el crítico quien fracasa» (*Los complementarios*, A. de Albornoz, *Antología*, II, p. 401; ed. D. Yndurain, p. 183).

pero, a continuación, señala que no se podrá considerar fracaso del artista el que no cumpla un propósito que no se planteó, y esto le da pie para atacar a: «muchos pedantuelos malévolos e incomprensivos que cultivan, acaso sin saberlo, la calumnia literaria». No propugna con ello Machado la crítica benévola y meramente contemporizadora, sino que, una vez salvados los «valores» incuestionables del XIX y XX, ataca sin medias palabras a la crítica dominante en su época y no ya sólo a los críticos que señalan fracasos con relación a propósitos que el autor no se planteó:

«nuestra crítica no logra ser orientadora. Adolece de un defecto esencial: su marcada tendencia a lo arbitrario. Suele hacer afirmaciones rotundas, sin mostrarnos el proceso ideológico por el cual llega a establecerlas. Es crítica de autoridad, en parte 'matonería crítica'» (*La Voz de Sorla*, 1-IX-1922).

y todavía matizará, en profundidad, las características de la crítica dominante: afán ditirámico que aplaude sin haber leído; afán polémico; insuficiencia dialéctica; falta de objetividad —simpatía, antipatía—; expresión alambicada y paráfrasis hinchada; fe en el silogismo; snobismo; narcisismo; tartarinismo (*Ibidem*). Aún serán más duros los ataques contra los espíritus malévolos que hacen crítica mezquina, los satíricos que fustigan con acritud, quienes sólo ven ausencias y no presencias. Nunca Machado defenderá el rigor por el rigor, la inflexibilidad y no ya sólo en esa lección magistral de buen carácter a que ya me refería: juzgar la obra de acuerdo con los propósitos del autor, sino que, lisa y llanamente recomienda:

«En general, yo os aconsejo que nunca os arrepintáis de los elogios sinceros que prodigáis a la obra (...) siempre estaréis con ellos más cerca de la verdadera crítica que si pretendéis de-

finir una obra por sus faltas o defectos» (*Hora de España*, núm. 22, octubre (1938), pp. 14-15).

y todavía:

«Si alguna vez cultiváis la crítica literaria o artística, sed benévolo. Benevolencia no quiere decir tolerancia de lo ruin o conformidad con lo inepto» (*Juan de Mairena*, C. IV. A. de Albornoz: *Antología*, II, p. 41).

No renuncia Machado a la función esencial del crítico: juzgar, pero no sólo para señalar fracasos, sino con el ánimo templado por la benevolencia y ésta será su actitud aun cuando critique —por ejemplo— la nueva poesía con la que no estaba de acuerdo. Pero en el fondo sigue la inexcusable misión de juzgar, discernir para elaborar un juicio no siempre grato y esto no debió resultar demasiado tentador para un temperamento tranquilo y más melancólico que activo. Por ello no vendrán de su parte muchos intentos de renovación de esa crítica que tan agudamente definía en sus defectos, como hemos visto.

SOBRE LA GENERACION DEL 98

Machado consideró a los escritores del 98 como factores de progreso y renovación, hacia una España nueva y él mismo participó del común de ideas generacionales, en las que no hace al caso entrar aquí. No vio, porque estaba inmerso en ello, lo que en el 98 había de esteticismo y de falta de practicidad: Gil Novales lo apunta muy certeramente:

«Crearon, sí, una terminología, una conciencia de los problemas, pero en cierta manera escamotearon los verdaderos datos de la crisis española, sustituyéndolos por un vago misticismo estetizante, un falso culturalismo y el culto de sí mismos. La generación del 98 es, por antonomasia, la generación escamoteadora (9).

Muy lejos de ello, Machado afirma, con pleno convencimiento:

«La llevada y traída y calumniada generación del 98, en la cual se me incluye (...) ha amado a España como nadie, nos duele España —como dijo, y dijo bien, ese donquijotesco don

(9) Gil Novales, A.: «Antonio Machado», Barcelona, Fontanella, 1970, p. 33. Véase también: Ramón Iglesias: «El reaccionarismo de la Generación del 98» en «Cuadernos Americanos», México (1947), pp. 91-92.

Miguel de Unamuno— como a nadie ha podido dolerle jamás patria alguna. Pero los españoles habíamos soñado con exceso, habíamos vivido demasiado de nuestros antepasados. Nuestro sueño cayó con la bancarrota de las últimas empresas ultramarinas. La razón contundente de nuestros fracasos nos demostró que podía lucharse, pero no vencerse con lanzas de papel (...) y nos volvimos patria adentro. Había que poner un poco de orden aquí» (10).

pero de modo mucho más contundente se expresará todavía:

«Estos jóvenes —Mairena aludía a los que hoy llamamos veteranos del 98— son, acaso, la primera generación española que no se sienta ya a la sombra de la iglesia, si os place mejor, a la sombra de la sombra de la iglesia. Son españoles españolísimos que despiertan más o menos malhumorados al grito de: ¡sálvese quien pueda!

Y ellos se salvarán, porque no carecen de pies ligeros ni de plumas recias. Pero vosotros tendréis que defender su obra del doble *Index Librorum Prohibitorum* que la espera: del eclesiástico indefectible, y... del otro. Del otro también, porque, frente a los que se sientan a la sombra de la iglesia, están los que duermen al sol, sin miedo a la congestión cerebral, los cuales llevan también el lápiz rojo en el bolsillo.» («Sigue hablando J. de Mairena a sus alumnos», *Hora de España*, núm. 3, marzo 1937, p. 11.)

Machado, que se consideraba discípulo de los grandes maestros del 98 (entrevista en *La voz de Madrid*, 1938, formada por V. D. M.) aunque después —a pesar de Azorín— se le haya considerado «el poeta del 98», ve con pasión y cierta extremosidad la actitud crítica de los escritores de esta generación que si actuaron de revulsivo en medio de la atonía general, no hay que olvidar, por otra parte, la enorme ineficacia de sus actitudes netamente individualistas. Con ellos comparte puntos de vista y actitudes que se rastrean no sólo en sus poesías sino en alguna de sus colaboraciones en periódico, aunque —como apunta Gil Novales (11)— logró superar los condicionamientos —desde el punto de vista literario— de modernismo y noventayochismo, que constituyen parte importante en la constitución de su obra literaria.

Por de pronto, los dos textos dedicados al 98 nos muestran hasta qué punto interesaba a Machado España y sus problemas. No formula juicios literarios sino que valora la postura política de unos escritores, aunque en este caso sea la vía más certera de aproximación a

(10) Pla y Beltrán: «Notas sobre AM», «Revista Nacional de Cultura», Caracas, 133 (3-IV-1959).

(11) Gil Novales, A.: Op. cit., p. 36.